

Carta abierta a Taniel Varuyán

“Me acuerdo de ese día. El sol no caminaba derecho, sino que se iba de lado. Quiero decir, sí se iba de acá para allá, pero iba como de lado, así nomás, sin encaramarse. Estaba como frío el sol. Bueno, ese día todo estaba frío. Bueno, no todo. Nosotros estábamos calientes. Como que la sangre o lo que tenemos dentro del cuerpo, estaba con calentura. Nosotros avanzábamos. Yo ya estaba muerto, acostado panza arriba y ví bien que el sol no estaba caminando derecho sino que se estaba andando de lado. Ese día ya estábamos muertos todos y como quiera avanzábamos. Por eso el sub comandante escribió, “somos los muertos de siempre, muriendo otra vez, pero ahora para vivir.” Ese día en la mañana era una corredera de gente. No sé si porque empezó la guerra o porque vieron tanto muerto avanzando, caminando como siempre, sin rostro, sin nombre. Yo me acuerdo que en mi tierra se decía que los muertos que caminan todavía, es porque tienen algún pendiente y por eso no se están quietos. Creo que me llamo Pedro o Manuel o no sé, creo que de por sí no importa cómo se llama un muerto porque ya está muerto.

Bueno, el caso es que la gente ésta, después de su corredera, se iba acercando a ver qué le decíamos todos los muertos que éramos. Y entonces pues a hablar, así como de por sí hablamos los muertos, así, sin mucha bulla .

En la madrugada habíamos tomado la ciudad. A mediodía ya estábamos preparando todo para ir a otra. Yo ya estaba acostado al mediodía, por eso ví clarito que el sol no se andaba derecho y ví que hacía frío. Ví pero no sentí, porque los muertos no sienten pero sí ven. Ví que hacía frío porque el sol estaba como apagado, muy pálido, como si tuviera frío. Ya cuando el sol se fue a esconder no me di cuenta.

La piedra se rajó un poco y se hizo una rendija así como una herida de cuchillo, y entonces pude ver el cielo y el sol caminándose otra vez de lado como aquel día. Otra cosa no se puede ver. Así acostado como estoy, apenas si alcanzo el cielo. No hay muchas nubes y el sol está como pálido, o sea que está haciendo frío. Y entonces me acordé de aquel día cuando los

muertos que somos empezamos esta guerra para hablar. Sí, para hablar. ¿Para qué otra cosa harían una guerra los muertos?”

Carta que el Sub comandante insurgente Marcos escribiera el 21 de febrero del 2000 al recién fallecido escritor mexicano Fernando Benítez.

Presencias fantasmales, rencores vivos, un aire desgarrado. Otro mexicano, Juan Rulfo escribe un relato sobre una aldea muerta, en donde todos están muertos, incluso el narrador, y sus calles y sus campos son recorridos por ánimas cuyos ecos fluyen de forma incesante. “Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo”. Así la madre encomienda una tarea imposible, buscar al padre muerto. “No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio...El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.” Así lo haré, responde Pedro.

Taniel Varuyán nace el 21 de abril del año 1884 en el pueblo de Sepastia. Su padre lo llamó Taniel, porque nació cuando él estaba en la iglesia escuchando las palabras del libro de Daniel, donde en el capítulo 12 versículo 4 Dios le habla y le dice: “Tú empero Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin”. “Y yo oí, mas no entendí” anuncia el Antiguo Testamento construyendo la teoría del legado. Antes que el pequeño Taniel Chbuckiarian (ése su apellido paterno) cumpliera cuatro años el padre se va para instalarse como sereno de un negocio en Constantinopla. Así es que se queda con su madre hasta los doce años, tiempo en que va a buscar al padre a quien encuentra en una cárcel de Constantinopla.

En el año 1901 escribe las primeras poesías. A los 18 años resulta becado para ir a estudiar a la escuela de los padres Mikhitaristas de Venecia, desde donde parte en al año 1905 dirigiéndose a Bélgica a la Universidad de Gantes. Allí sigue la carrera de Filosofía. En 1905 firma por primera vez como Taniel Varuyán. Los datos de su vida y de su obra basculan entre los tópicos,

“búsqueda del padre” y “parricidio”. Así, con un seudónimo formado por su nombre verdadero, aquél que remitía al relato bíblico de Daniel, y otro nombre como apellido, el escritor conjuga las instancias de un duelo. Momento especial en el que el sujeto no sólo está habitado por el amor, sino a veces por el odio contra el muerto. El espacio de semejante juego era el nombre, donde combatía un amor empedernido por la imagen del amado desaparecido, y el odio que permitía deshacerse de él. Lo que quedaba, el resto, podía asumirse como sustracción, como deshecho, o como un yo que se constituía como sujeto desde aquel conflicto afectivo.

En el año 1906 da una conferencia en la Universidad de Gantes sobre la causa armenia. Recordemos la situación geopolítica, un tratado de 1746 había colocado la parte oriental de Armenia bajo la dominación persa, y las regiones occidentales bajo la de los turcos. El país fue arrasado, reinando el hambre y la desolación; los pocos habitantes que quedaban en suelo nacional fundaban sus esperanzas en la Rusia cristiana. Los armenios anhelaron la ocupación rusa. Entonces, los rusos llegaron hasta las puertas de Constantinopla. En las distintas ciudades armenias se vivía una situación insostenible ante el número de sitiadores. La masacre de Sassún en 1894, y de Trebizonda al año siguiente, los martirios de Alepo y Adana, eran parte de un sistema de exterminio organizado por los turcos según su política de otomanización, que terminó con el saldo negro de los años terribles de 1915 al 1918.

Presencias fantasmales, un aire desgarrado. El arriero de la novela de Rulfo dice que Pedro Páramo es un rencor vivo, anunciando más tarde “Yo también soy hijo de Pedro Páramo”.

A 90 años del genocidio armenio, en distintas partes del mundo, cuando la voz de un poeta viene a buscar a su padre muerto, decimos “Nosotros también somos hijos de Pedro Páramo”.

El lenguaje como instrumento del desastre, el pánico semántico, revelan un habla traumatizada. El canon de la poesía después del genocidio está constituido por una consternación filológica, donde los poemas son o bien largos hasta lo exhausto, o bien fragmentarios, elípticos y con un cierre abrupto. En la poesía de

Varuyán el tiempo es el tiempo colapsado del presente donde la alienada voz poética eleva plegarias o dispara blasfemias.

Estamos en 1909, Varuyán, egresado de Ciencias Políticas de Gantes vuelve a su pueblo natal para desempeñarse como profesor de armenio y de economía política. El trabajo a diario con la lengua, escribir en francés y en armenio, poetizar, luchar contra la utilización, contra lo utilitario del lenguaje; teniendo en cuenta que la muerte era también una de esas utilidades, fue la pasión de Taniel. Se alojó en la poesía cuando no sólo se había cancelado la ciudadanía como instituto jurídico, sino que se arrasaba con lo humano.

Mantiene una relación amorosa con su alumna, la que termina siendo su esposa. Las autoridades le prohíben seguir con sus clases del colegio americano de Sepastia. Mientras tanto, edita Cantos paganos, libro de una clara influencia hindú. Y los años pasan y los amigos le insisten para que abandone el país. Pero lo sorprende el 24 de abril de 1915, detenido; la policía secuestra los manuscritos del original de Cantos del Pan, lo lleva a la Cárcel Central de Constantinopla, para ser muerto a cuchillazos el mismo día del nacimiento de su tercer hijo, Haik.

Recién en 1918 se tuvo noticias de su muerte.

“Después de Auschwitz debemos escribir poesía, pero con palabras heridas” dice el poeta Edomod Jabès.

Taniel Varuyán, desde su poesía, vuelve y pregunta por un pueblo sin ruidos, un pueblo lleno de silencios donde se escuchan mejor las voces pesadas del recuerdo.

-“No es que este pueblo parezca abandonado. Aquí no vive nadie”

-“¿Y Pedro Páramo?”

-“Pedro Páramo murió hace muchos años”

Y nosotros, luego de casi un siglo, recibimos a nuestro visitante, le decimos que también somos hijos de Páramo, aquel que estaba acostumbrado a ver morir cada día alguno de sus pedazos.

En el poema Derenik de Taniel Varuyán la madre le dice a su hijo: “¡Fuera!... Hasta que no venzas y no limpies/ tu sangre con la de él/ hoy no vuelvas a casa/ traidor a mis desvelos” A lo que responde la perplejidad del hijo, una extrañeza que sólo divaga

sola en la espera interminable: “con una piedra en la mano, nervioso, pálido/mientras gotea la sangre de sus mejillas/ en el umbral del enemigo Derenik espera largamente...”

El mexicano puede usar el modo eventual del subjuntivo cuando el personaje expresa su opinión o deseo. Es decir, el pretérito del subjuntivo habla de un deseo que no se realizó, pero, de todas formas, es expresado; así: “Hubiera querido decirle”. El personaje repite para sí, hubiera querido decirle (refiriéndose a la madre) te equivocaste de domicilio, me mandaste a un pueblo solitario, buscando a alguien que no existe.

Instalado en la desgracia, el sujeto del poema de Varuyán, sólo puede ser puro objeto de ese deseo de venganza.

1915 es, al decir de Anahide Ter Minassian, un acontecimiento que pudo suponer el aniquilamiento de la nación armenia, es también el hecho fundador de la diáspora. En el origen, era la muerte. Y esto es lo que se ha transmitido, lo inaceptable.

Traducción, transformación, la escritura como acto de memoria. Si el poema, lo que verbaliza el daño, es el lenguaje de la cicatrización; es hora de pensar que Caín no es un hermano sin hermano, que Abel, hace 90 años escribe.

Taniel, somos los muertos de siempre, muriendo otra vez, pero ahora para vivir.

Alguna vez frente a tus alumnos repetiste las palabras de la Madre del Espartano, aquella que después de haber preparado a su hijo para la guerra, le da con la lanza un gran escudo y le dice: “O vuelves con tu escudo, o sobre tu escudo.” Y vos elegiste una opción, otra. Para el muerto sin sepultura, la escritura es la insignia, el arma con que se cubre tu cuerpo de combatiente; todavía.

POSTDATA

¿Cómo contar aquello que no puede ser comunicado? Lo que falta, o sobra, de palabras para ser dicho. ¿Cómo hablar cuando uno siente el deseo frenético de decir esta experiencia límite, de explicarle todo al otro, porque uno está en un delirio de palabras y, al mismo tiempo, imposibilitado de hablar. Imposible sin sofocarse. Como si el exceso mismo de reserva, de retener las palabras al abrigo de cualquier lenguaje del poder, provocaran en aquél que ha estado lindando con el infierno este doble movimiento. Una reivindicación infinita de hablar, y una imposibilidad casi física de hacerlo, una sofocación; como si algo hubiera quedado en la garganta y hace perder la respiración y asfixia.

Los genocidas pudieron matar; han matado. Pero no han podido transformar el hombre en otra cosa; en una cosa. Aún si lo han desfigurado al punto de no ser reconocible como tal. Ante la declaración abyecta del: “no queremos que seas, que sigas siendo”. Queda la verdadera militancia. La resistencia consistirá en nombrar lo que es un hombre. Ése que toma la palabra, y cuenta. La poesía no es un adorno que acompaña la existencia, es el fundamento que soporta la historia.

Frente al lenguaje técnico y operativo, aquél con el que trata la máquina de matar; habría un altar donde se da culto a la belleza. Y, si hubo una generación que no pudo nombrar, existe otra en la que se abismó un daño, una herida que podríamos llamar, estética.

Taniel Varuyán mediante la lengua armenia sacudió el yugo de la opresión y la dictadura, cantó a la simpleza del campesino siendo su consigna revolucionaria la lucha por la dignidad y la justicia. Su sueño de verdad y belleza fue deportado, flagelado hasta morir.

Darle lugar a su voz, despertar su poesía de un letargo de casi un siglo es también curar esta llaga abierta, este vacío de palabras. Esto sin velo, esto que nadie ha velado, como un cadáver que nadie acompañara en sus últimas horas y, entonces, no terminara de morir. Velar, como el velo de una novia. Un escritor novela,

arma una historia, cuenta con nosotros, nos cuenta. De a poco, la herida comienza a cicatrizar. En lugar de transmitir lo ausente, el silencio insondable de lo mudo, leemos- escribimos sobre la ausencia. ¡Dios mío por qué me has abandonado! dice Jesús y el apóstol escribe, y algo de nuestra lectura se acurruca en estas palabras. Alguien alguna vez contó el dolor.

Ana Arzoumanian